

LA MEMORIA DE CHILE Y LAS NUEVAS GENERACIONES

** Por Daniela Jara*

En el Chile post dictatorial, de mentalidad pragmática y amor por las autopistas, cada vez que se quiere hablar de temas de memoria (entiéndase: la discusión en torno a las violaciones a los DDHH cometidos por la dictadura) se pronuncian dos palabras a modo de exorcismo: futuro y reconciliación. A quienes han asumido políticamente la demanda por reivindicaciones a víctimas se les ha tendido a considerar como “anclados al pasado”. Cuando se discutió la instalación del monumento a Allende en las afueras de la Moneda, uno de los argumentos de quienes se oponían al proyecto fue que “tenemos que mirar al futuro”. Y cuando se exhiben documentales sobre el periodo, se les suele acusar de ideologización. Por supuesto, pese a esta cortina de hierro ha habido excepciones de gran alcance, como las comisiones de Verdad y Reconciliación y Verdad y Justicia. Sin embargo, la oposición entre los pares memoria/ estancamiento y futuro / progreso han sido aceptados por el sentido común.

Una lectura posible es que la alusión al futuro es más bien una manera de disfrazar la sospecha de que ante un evento que ocurrió en un Chile fragmentado, las memorias se construyeron también de manera fragmentada. Por lo tanto, una reconciliación entre posiciones que llegan a ser antagónicas, no sería posible. El recambio generacional, en este sentido, aparece como la salida al conflicto. Las nuevas generaciones serían portadoras de un tiempo nuevo, nos hemos dicho.

Lamentablemente, la posibilidad de la reconciliación a través del recambio generacional no responde a una ley natural.. Esta creencia revela, además, cierta incompreensión hacia la naturaleza de la memoria, y su compleja relación con temas de identidad y cultura.

Como socióloga, he participado en cientos de entrevistas y grupos de discusión, actividades ejercidas como parte de un oficio. Sin embargo un día de mayo de 2008 el escuchar se me presentó como una imposibilidad. Fui moderadora de un grupo de jóvenes ABC1, de entre 18 y 24 años, residentes en la ciudad de Santiago, que se consideraba a sí mismo como apolítico. La conversación partió como siempre de modo amable, con una pregunta “¿cómo lo hacemos para tener una memoria inclusiva en Chile? ¿Con qué narrativa de la memoria histórica podemos sentirnos representados respecto del periodo 1973-1990?” Vale comentar lo difícil que fue formular esta pregunta del modo más neutral posible.

Cuando comenzaron las respuestas, la escena comenzó –literalmente- a parecer ficción. Dijeron que era “natural” que en un Estado hubiera violaciones a los derechos humanos. Que era normal, porque “siempre había habido tortura”. Que no sabían de qué se escandalizaba “la izquierda”, si esa era la ley “objetiva” de la historia. Que ojalá el gobierno no fuera a salir de nuevo con “el cantito de los derechos humanos que separa al país”. Les pregunté: “¿Están todos de acuerdo con esta idea de que “es normal” que haya tortura?”. “Sí”, dijeron 8 de 10 jóvenes que no se conocían entre sí. Hablaban con la tranquilidad y la confianza con que participan de las conversaciones en su casa. Dijeron: “para que la Unión Europea haya llegado a la unidad actual, fue necesaria la segunda guerra mundial”. Pregunté de nuevo “¿quieren decir que piensan que fue “necesaria” la actuación de Alemania en la Segunda Guerra Mundial”? “Sí- dijeron-. Estaban todos de acuerdo. Alguien agregó: “Ellos (los comunistas) se lo buscaron. Si yo me paro a gritar en el Paseo Ahumada, me arriesgo a que me den un balazo.” Esta idea fue asentida como cuando se comenta lo bueno que estuvo el almuerzo del domingo. Para todos era una expresión familiar.

¿Cómo escuchar esto? ¿De qué nos habla esta manera de hacer memoria?

La conversación de estos jóvenes no es otra cosa que el reflejo de la falta de ciertos acuerdos básicos en Chile. No quiero señalar a las clases altas como las responsables de la fractura de la memoria. La debilidad de un acuerdo mínimo en torno a DDHH en Chile es transversal a la sociedad chilena. Podemos discutir la relación entre este discurso y la clase, y si éste puede o no ser entendido como ideología. Pero lo que aquí interesa subrayar es que la naturalización de la violencia política es un fenómeno transversal, apoyada por los medios de comunicación y la inercia implacable del sentido común. Es esa la memoria generalizada, anónima, que hemos construido, y que muchos consideran innecesario volver a revisar.

El Nunca Más respecto del Holocausto no fue producto de “las generaciones futuras” que “naturalmente” sanaron las fracturas en la memoria. Fue más bien la articulación de una serie de acciones públicas, ciudadanas, internacionales y nacionales, en que la educación fue un pilar central. La construcción de la memoria, en estos casos donde lo que está en juego es el proyecto mismo de una comunidad, conlleva un *trabajo*, como hace ya bastante tiempo lo vienen proponiendo una serie de organizaciones, actores sociales y académicos en el Cono Sur (de hecho, Elizabeth Jelin titula uno de sus libros como “Trabajo de la Memoria”). La memoria, o más bien, la memoria de la violación a los DDHH en Chile puede llegar a transformarse en el motor para el impulso de una cultura de derechos humanos. Por mientras, las generaciones jóvenes continuarán reproduciendo las mismas fracturas de las generaciones anteriores.